

QUIEN PORFÍA MUCHO ALCANZA

Opereta en un acto de Manuel García

ACTO ÚNICO

La escena es en un castillo donde el alcaide es el capitán. El Teatro es una sala con una reja de jardín al foro; una chimenea a la derecha, con una mampara y a la izquierda la puerta de la casa.

MÚSICA OBERTURA

ESCENA PRIMERA

El capitán y su hija a la chimenea, y Clemencia que viene con una carta.

HABLADO

CAPITÁN

¿Quién era, Clemencia?

CLEMENCIA

Un soldado, que ha traído esta carta para usted.

CAPITÁN

¿A estas horas? A ver. En efecto, se dirige a mí. Leamos.

BERNARDA

¿Qué será?

CLEMENCIA

Ya lo veremos, si nos lo quiere decir.

CAPITÁN

Bueno. ¡Me alegro! No lo siento sino por tener que salir ahora; pero es indispensable.

BERNARDA

¿Ahora, padre? ¿Tan tarde?

CAPITÁN

Si, hija mía, si fuera negocio mío lo diferiría hasta mañana, pero es concerniente a ti, y no lo debo retardar.

BERNARDA

¿A mí? ¡Jesús!

CAPITÁN

¡Pues qué tiene eso de particular! ¿No eres tu ya mujer capaz de tener tus grandes negocios, aunque no se dirijan por tu mano?

BERNARDA

Eso lo sabrá usted, yo...

CAPITÁN

Sí, sí, efectivamente. Se trata ahora de una que creo que no te desagradará. Esta carta es de un amigo que me dice algo sobre un joven que tú no conoces.

BERNARDA

¿Un joven?...

CLEMENCIA

¡Toma! Ya sé yo lo que es.

CAPITÁN

Calla tú, muchacha.

CLEMENCIA

Señorita, pregúntele usted a padre si es buen mozo.

BERNARDA

No quiero.

CAPITÁN

¿Qué te dice ésa?

CLEMENCIA

¿Yo? Nada, señor.

CAPITÁN

En fin, hija mía, yo estoy sumamente contento con lo que acabo de saber. Antes te habría yo dado cuenta de una cosa que debe sorprenderte; pero hasta ahora no lo he tenido por conveniente a causa de cierta imposibilidad para su efecto.

BERNARDA

¡Ay! usted Me da en qué pensar, y tengo ya miedo.

CAPITÁN

¿De qué?

CLEMENCIA

De que no le guste el novio.

CAPITÁN

¿Has quedado ya descansada? ¡E diablo de la muchacha! No ves que estas cosas es menester decirlas con maña a una niña que ignora...

CLEMENCIA

¡Toma! Yo por mi corazón juzgo el ajeno. Yo le estimara a usted que cuando me viese más descuidada me asustase con la noticia de que ya tiene un novio prevenido.

BERNARDA

¡Quieres callar y no ser loca!

CAPITÁN

Muchachas, vosotras me aturdíis. Cuando uno piensa que estas monas no saben lo que es amor, le pueden dar lecciones sobre el particular. ¡Buenos tiempos alcanzamos! ¡Jesús, Jesús!:Y qué adelantada está la naturaleza!

MÚSICA**Nº1 COPLAS****CAPITÁN** *(Canta).*

Hoy la esquivéz en las doncellas
más que esquivéz es vanidad,
pero el por qué lo callan ellas
baja el color de honestidad.

Son muy taimadas y muy astutas,
todo su anhelo es engañar.
Yo las comprendo y no hago caso
porque conviene disimular...

Conozco yo a una señorita
que no se sabe santiguar,
pero hacer señas y dar cita
lo sabe hacer con propiedad.

A qué buen tiempo hemos llegado
padres y madres no descuidar.
Yo sé un remedio, mas no lo digo
porque conviene disimular...

HABLADO**CAPITÁN**

En fin ya lo has descubierto todo. ¿Para qué son misterios? Sabe pues, Bernarda, que tengo tratado tu casamiento con el hijo de un íntimo amigo mío, pero con la

precisa estipulación de que ha de ser a tu gusto; para esto habíamos dispuesto que él se presentase...

BERNARDA

¿Y cuándo viene, padre?

CAPITAÁN

Aguarda un poco hija.

CLEMENCIA

¿Y es muy joven, señor?

CAPITÁN

Déjame hablar, Clemencia. Ya no me acuerdo por dónde iba... me habéis cortado el hilo...

BERNARDA

Tenían vuestras mercedes dispuesto que se presentase...

CAPITÁN

En efecto, pues cuando había de venir hizo una calaveradilla...

BERNARDA

Yo no le quiero calavera.

CLEMENCIA

Sí tal, señora, éstos son los mejores.

CAPITÁN

Vaya, quedad con Dios. (*Levantándose*).

BERNARDA

¿Qué, no acaba usted la conversación?

CAPITÁN

Primero será que me dejéis.

BERNARDA

Ya no chistamos padre.

CAPITÁN

En fin, le arrestaron.

BERNARDA

¿Pues..., que es militar?

CLEMENCIA

¿Y qué grado tiene?

(El padre las mira con enojo y ellas Vuelven entre sí).

BERNARDA

¡Ay! Se nos olvidó.

CAPITÁN

Si no calláis, lo dudareis todo. Ha estado dos meses preso, y ahora me dice su coronel -que casualmente se halla aquí- pase a verlo, y me entregará la orden de su libertad que a instancias mías le ha concedido. Ésta la remitiré mañana con un soldado al castillo de la Trompeta, que dista seis leguas de aquí, y es donde se halla nuestro arrestado, y así dentro de dos o tres días os habréis ya visto, conque no quiero detenerme.

BERNARDA

¿Volverá vuesa merced pronto padre?

CAPITÁN

Sí. Ya sabéis que no gusto estéis solas, principalmente de noche, y ya queda muy poco día. Hasta luego. Clemencia ¿has cerrado bien la puerta del jardín?

CLEMENCIA

Sí, señor.

CAPITÁN

¿Y el portón de allá?

CLEMENCIA

Está bien atrancado.

CAPITÁN

Pues cuidado que a nadie abras, que andan muchos rateros y, en especial, a esta hora.

CLEMENCIA

¿Y después nos dirá usted si es buen mozo?

CAPITÁN

Sí.

CLEMENCIA

¿Y el tiempo que tiene?

CAPITÁN

También.

LAS DOS

¿Y si...?

CAPITÁN

¡Sí, sí, sí, Jesús, qué criaturas! Bien que en punto de mujeres son todas así. Se les dice una palabra de amor directa, o indirectamente, parece al instante que las dan con colorete; yo no sé de dónde sacan aquéllas mutación tan repentina, pero sí; [...] usted con contestaciones, que no le dejarán meter cucharada. ¡Ah! Tráeme el sable!

CLEMENCIA

¿Cuál?

CAPITÁN

El grande, el Matamoros; ¿a esta hora quieres que lleve el sable chico?

BERNARDA

Que no se tarde vuesa merced...

CAPITÁN

Bien está.

CLEMENCIA

Aquí tiene vuesa merced el sable.

CAPITÁN

¡Adiós muchachas! ¡Cuidado con lo dicho! (Vase).

ESCENAI

Las dos solas.

CLEMENCIA

Mire usted cómo lo descubrí al instante todo.

BERNARDA

Sí, pero también se podía haber enojado.

CLEMENCIA

¿Por eso? ¡Qué disparate! ¿Qué padre habrá que, si discurre con mediano juicio, no se haga cargo de que a nosotras nos agrada que nos hablen del santo nudo del matrimonio?

BERNARDA

Eso sí. Pero la prudencia está de parte de ellos y de la nuestra el recato y la modestia.

CLEMENCIA

Aunque sea fingido, señorita, es verdad, si usted ya estaba deseando que llegue este caso; por eso dije yo lo que dije.

BERNARDA

Te doy las gracias por tan poca consideración. Vaya, que tienes una lengua.

CLEMENCIA

Como una criada. Ya sé yo que me la va usted a espetar ésa. Después que sacamos a usted de todos sus apuros, pues no tengo ya de indagar nada sobre este asunto, y compóngase usted como pueda.

BERNARDA

Vaya, no te enojas, esto es una chanza. Ya sabes que yo de nadie fío sino de ti.

CLEMENCIA

Eso sí; cuidado que ya me iba a enojar, pero no hablemos más de eso; siempre amigas, que entre amas y criadas es muy feo que no haya buena armonía.

MÚSICA

Nº 2. DÚO

BERNARDA

Dices bien, querida mía,
las dos nunca reñiremos.
Como hermanas viviremos.

CLEMENCIA

Mucha cuenta nos tendrá,
si a nosotras nos conviene
a las amas igualmente.

BERNARDA

Bien has dicho, ciertamente,
la razón te debo da.

CLEMENCIA

Por nosotras los amantes,
a pesar de los tutores,
conferencian sus amores
sin tener que recelar.

BERNARDA

Pero el agradecimiento
en nosotras permanente
os consigue fácilmente
vuestra dicha asegurar.

LAS DOS

¡Oh! Cuán útil es
Clemencia/señora
el vivir en sociedad,

de este modo no hay peligro
de frustrar ninguna empresa,
ni jamás hay enemigo
que averigüe con destreza
lo que se debe ocultar...

HABLADO

BERNARDA

Si vendrá pronto mi padre, lo que tarda.

CLEMENCIA

¿Que tarda? Pues si no hay diez minutos que se fue.

BERNARDA

Sí, y también hora y media.

CLEMENCIA

Vaya, vaya, se conoce que aguarda usted con impaciencia.

BERNARDA

Es verdad, yo no sé qué hacerme para pasar el rato. Me se va a figurar un siglo.

CLEMENCIA

Pues lea usted en el Gil Blas de Santillana, y estará divertida.

BERNARDA

Dices bien, eso voy a hacer. *(Se pone a leer)*.

ESCENA II

Dichas y Alejandro.

(Alejandro que a ese tiempo se oye cantar desde fuera; ellas escuchan con silencio).

MÚSICA

Nº 3

ALEJANDRO

Quien oyere mi lamento
mi destino compadezca.
No permita que perezca
de esta noche el cruel rigor.
¡Ay de mí! que extraviado,
como a muchos acontece,
viendo que el día fenece,
estoy lleno de pavor.
Yo no sé dónde acogerme.

¡Oh!, qué frío tan terrible
¿No hay aquí quien pueda oírme
y me preste algún favor?

HABLADO

CLEMENCIA

¡Ay! ¿Quién será el que ha cantado?

BERNARDA

¡Y qué bien lo hace! Pero creo que está muy cerca. Si habrá saltado la tapia y estará dentro...

CLEMENCIA

Yo voy con mucho silencio a verlo.

BERNARDA

No, no, que puede ser un ladrón...

CLEMENCIA

¿Y había de venir cantando...? ¡Qué! ¡No tenga usted miedo! Además, que yo iré de modo que no pueda sentirme. (Vase).

BERNARDA

¡Dios mío! Con qué cuidado me quedo. Vaya, que esta muchacha tiene el corazón más fuerte que algunos hombres... De ninguna cosa tiene miedo... ¡Qué loca!... Si volverá pronto. (*Se asoma a la puerta y escucha*). Pues ya ha tramado conversación con el que es... Y no será muy bueno lo que él quiere porque ella le dice que no... ¡Olá, olá!... Y se mantiene en lo dicho. A él no le puedo oír... ¿Qué se empeñará conmigo? Pues hará muy mal... Ya creo que viene... n efecto.

CLEMENCIA

¡Ay señorita si usted viera!

BERNARDA

Vamos, ¿quién es?

CLEMENCIA

Un joven muy lindo que se había subido a las tapias. ¡Qué lástima me ha dado! Se puso a cantar a ver si le oía alguien y le recogían esta noche. El pobrecillo está muerto de frío porque no trae más que chaqueta y pantalón.

BERNARDA

¡Jesús, qué lástima!

CLEMENCIA

Si usted quisiera que le recogiésemos...

BERNARDA

¡Cómo! ¿No ves que nos exponemos a que le vea mi padre?

CLEMENCIA

De todos modos, le verá porque va a amanecer helado.

BERNARDA

Pero, mujer. ¿Y si es un ladrón?

CLEMENCIA

¿Y si no lo es y le asesinan los ladrones?

BERNARDA

También es cierto, pero yo no me atrevo, no, no.

CLEMENCIA

Ande usted señorita, que es un buen chico. Si él solo se contenta con que le dejemos entrar en la casilla del hortelano. Yo cuidaré de hacerle marchar bien temprano para que padre no le vea.

BERNARDA

Vaya mujer, que tienes un modo de persuadir... Ábrele, pero dile que no se mueva de allí en toda la noche, y luego cierra bien la puerta de la cerca para que no pueda pasar al jardín.

CLEMENCIA

No tenga usted cuidado. (Vase).

BERNARDA

¡Vea usted qué locura! Si por casualidad viniese ahora mi padre y entendiese alguna cosa ya habría buen engaño. Por eso no podemos más de cuatro veces usar de bondad con los hombres. Si no habría mujeres que serían más caritativas de lo que son. Vaya, que ya parece que le ha cerrado... Al fin hagamos una buena obra por este desdichado, que Dios querrá que no suceda nada.

CLEMENCIA

Ya queda el pobre tan contento.

BERNARDA

Mira que a tu cuidado está, que no sepa nada mi padre.

CLEMENCIA

Esté usted tranquila, señorita, que cuando yo me encargo de un negocio reservado, lo hago impenetrable a todo el mundo.

MÚSICA

Nº4

CLEMENCIA

Cuando es necesario
soy tan reservada
que no soy criada,
en mi proceder.

En asuntos graves
me porto prudente,
fina y diligente
cual sabia mujer.

Aunque cauteloso
un padre me cele
jamás de mí puede
nada comprender.

HABLADO

BERNARDA

Yo estaba en un capítulo muy gracioso. No sé si lo encontraré ahora. Ya no me acuerdo en qué página, pero trataba del doctor Sangredo.

CLEMENCIA

Ya tiene usted aquí la luz.

ALEJANDRO (*Dentro*).

¡Señorita!

CLEMENCIA

¡Jesús, qué diablillo!

BERNARDA

Pues sí. Creo que se ha pasado al jardín.

CLEMENCIA

¡Qué! No puede ser, ¿por dónde?

BERNARDA (*Va corriendo*).

Dile que calle y se esté quieto donde le has dicho.

CLEMENCIA (*Abriendo la puerta*).

¡Cómo es eso! ¿A qué se ha subido usted en esa cerca? ¡Ya puede usted bajarse!

ALEJANDRO

¿Hacia acá o hacia allá...?

CLEMENCIA

¡Hacia allá, hacia allá! Y no tenga usted que volver a asomarse, ni a hablar una palabra, que hace un frío que no se puede aguantar.

ALEJANDRO

Por eso me he venido aquí, a ver si usted me permite entrar en el jardín que no dejara de tener algún rinconcillo más abrigado.

CLEMENCIA

No señor, va usted a tener más frío.

ALEJANDRO

¿Qué...? Si allí me sopla un norte tan de frente que...

CLEMENCIA (*A Bernarda*).

Es verdad que la casilla está tan desabrigada, tan húmeda...

BERNARDA

Y si no lo podemos remediar.

CLEMENCIA

Tal vez en el jardín... está más resguardado.

BERNARDA

No, no de ningún modo.

ALEJANDRO

¿Qué dice usted señora? Tenga usted compasión que me estoy helando.

CLEMENCIA

¿No le da a usted lástima?

BERNARDA

Sí.

CLEMENCIA (*A Alejandro*).

Aguarde usted un poco, que se va a fallar atento a la súplica. (A Bernarda, desde la puerta). Pues si le parece a usted le abriré para que entre; él no se moverá de su alojamiento.

BERNARDA

No empieces a persuadirme que ahora no me vences, porque mi padre puede penetrar algo y...

ALEJANDRO

Señorita, que no se le olvide que yo estoy aquí.

CLEMENCIA

Allá voy... Vamos, acabe usted de resolver, que quien ha hecho lo más que haga lo menos.

BERNARDA

Si tú quieres que te eche la culpa de todo, Como se sepa algo.

CLEMENCIA

Se supone: a mí, a mí. (*Va a abrir*).

ALEJANDRO

¿Quiere usted que salte?

CLEMENCIA

¡No, no!

BERNARDA

¡Qué locura! Aunque llegase pronto al suelo no sabemos lo que le sucedería. Vaya, más vale dejarle entrar; de todos modos, quizá él saltaría cuando menos pensásemos, y si padre lo oyese se echaba todo a perder. Pobre infeliz. ¿Qué le habrá traído aquí de este modo? ¿Qué clase de hombre será?

CLEMENCIA

Que ya le he dicho dónde debe estar (*Sale por la reja*); a buen seguro que chiste en toda la noche. Está el pobre tan agradecido... Sin embargo, va a tener un frío más que mediano.

BERNARDA

Mujer, ¿fuera cosa de darle algo con qué abrigarse?

ALEJANDRO (*Abriendo la ventana*).

¡Señorita, señorita!

CLEMENCIA

¡Cómo! ¿No se le ha dicho a usted que se esté allí quieto, y que no hable una palabra?

ALEJANDRO

Si me voy de contado, sólo vengo a dar las gracias a mi bienhechora porque aquí estoy mucho mejor.

CLEMENCIA

Bien, bien, retírese usted.

ALEJANDRO

Que usted descanse... ¿Sabe usted lo que le digo? que, si fuera posible, que usted me dejase entrar ahí un poquito, estaría todavía más abrigado.

CLEMENCIA

¡Pues no faltaba más!

ALEJANDRO

No, esto, es decir, ya me hago cargo que no es regular, pero si usted tuviese esta bondad, en media hora probaría las cuatro estaciones del año; ya sólo me falta experimentar el plácido verano que reina en esa hermosa habitación; sólo meter las manos por esta reja me ha vivificado.

CLEMENCIA

Vaya, yo no quiero intervenir más en el asunto porque se va haciendo serio; ahí está mi señorita, que delibere a gusto.

ALEJANDRO

¡Ah! Esa señorita está tan distraída que no ha oído mis lamentos. Si supiera que al vadear un río me he calado hasta la cintura, y que con el frío de la noche se va poniendo el pantalón como una tabla, bien sé yo que no impediría que entrase. Mire usted señorita, ya tengo las piernas casi sin movimiento y de medio cuerpo abajo estoy como petrificado.

BERNARDA

¡Dios mío! Confieso que me da lástima, y, además, es muy mal visto, estamos solas.

ALEJANDRO

No tenga usted miedo, señorita, que no las haré ningún daño. Si usted me deja entrar ahí, no volveré a molestarla, me contentaré sin pasar más adelante.

CLEMENCIA

¡Digo! ¿Pues a dónde quería llegar usted? ¡A ver el angelito!

BERNARDA

Clemencia, ábrele, que se enseeque y se marche al momento.

CLEMENCIA

Vaya, entre usted (*Alejandro va hacia la chimenea*).

BERNARDA

¡Pues tiene buen modo, por cierto! ¿Has visto un hombre más soez? Logró lo que quería y no se acuerda de dar las gracias.

CLEMENCIA

¡Qué impolítico!

BERNARDA

Se conoce que será algún perdulario.

ALEJANDRO

¡Jesús! Y qué mal rato he llevado hoy, pues, aunque no me he calado, pues sólo lo dije porque me recogiesen, debo confesar que el frío me iba ya persiguiendo mucho. ¡Por fin aquí es estar en un paraíso!

BERNARDA

Si no fuera impiedad, le habría de hacer marchar ahora mismo.

CLEMENCIA

Ya dejarle que se ensee, pero en cuanto esté, que se vaya.

ALEJANDRO

Pero yo creo que no saludé a estas señoras. ¡Qué cabeza tengo! Madamas, disimulen ustedes mi falta de atención, entré tan poseído del frío...

CLEMENCIA

Ya confiesa su yerno.

BERNARDA

Y por tanto es disculpable.

ALEJANDRO

Confieso a ustedes que siento infinito el haber dado motivo a merecerlas un mal concepto.

CLEMENCIA *(Aparte).*

No se explica mal.

BERNARDA

Eso ya pasó; usted traía tanto frío...

ALEJANDRO

Que no reparé en un sol que podía libertarme de él en el momento. ¡Ay, qué preciosa es!

BERNARDA

Váyase a enjugar.

ALEJANDRO

Señorita, ya ni estoy mojado ni tengo frío; ¡Demasiado calor experimento!

CLEMENCIA

Pues la hemos acertado con dejarle entrar, ella también suspira.

MÚSICA
Nº 5. TERCETO

ALEJANDRO

Quién dijera a un desdichado,
cuando perdido se hallaba,
que su dicha preparaba
el favor de una beldad.

BERNARDA

Quién dijera a una inocente,
cuando menos lo pensaba,
que el amor la destinaba
su rigor y actividad.

CLEMENCIA

¡Oh! Qué gusto me da el verlos
uno y otro así dudando.

LOS TRES

Aunque está/n disimulando
el amor se explicará. Sí.

ALEJANDRO

¡Ah! ¡Señora! No es posible
ocultar mi sentimiento.

BERNARDA

¡Qué me dice!

CLEMENCIA

¡Cómo es esto!

LAS DOS

No me la vuelva usted a hablar.

ALEJANDRO

No os mostréis tan rigurosa.

LAS DOS

Si otro modo...

ALEJANDRO

Tenga usted de mí piedad.

LAS DOS

Usted no tiene...

ALEJANDRO

No os mostréis tan rigurosa.

LAS DOS

...de esta casa...

ALEJANDRO

Tenga usted de mí piedad.

LAS DOS

...marchará.

HABLADO

BERNARDA

¿Y por qué ha venido usted a parar aquí, de ese modo?

ALEJANDRO

Porque yendo con otros amigos de viaje se adelantaron tanto que no les he vuelto a ver y me perdí.

BERNARDA

Pero, ¿Usted iba a pie?

ALEJANDRO

No, señora.

BERNARDA

Pues ¿dónde está la caballería?

ALEJANDRO

Ya es infantería, señora.

BERNARDA

Pues cómo...

ALEJANDRO

Iba a caballo, es cierto, pero por alcanzarlos corrí tanto que al fin se reventó.

CLEMENCIA

Me parece que nos engaña.

BERNARDA

Y cómo usa usted en este tiempo de esa ropa.

ALEJANDRO

Ésta es no más que para dentro de casa.

BERNARDA

¿Para dentro de casa...? ¿Y venía usted de viaje? Usted no miente, pero no dice verdad.

ALEJANDRO

Señorita, si me pregunta usted tantas cosas.

BERNARDA

No hay excusas que valgan. Diga con claridad qué le ha pasado.

ALEJANDRO

Pero, señora, me prometen ustedes el sigilo...

BERNARDA

¡Inviolable!

ALEJANDRO

Pues la verdad es que yo estaba preso y me he escapado.

BERNARDA

¿Cómo?; Y no ve usted que nos exponemos...?

ALEJANDRO

¡A nada! Si no tengo delito, me arrestaron por intrigar... porque uno de mis jefes no me quiere bien.

BERNARDA

¡Olá!, con que según eso ¿usted sirve?

ALEJANDRO

Sí, señora, pero, aunque me ve usted así, no soy un cualquiera.

BERNARDA

¿Qué grado tiene usted?

ALEJANDRO

Yo soy cadete, y pronto seré portaestandarte.

BERNARDA

Pues a peor parte no podía usted venir. Mi padre es militar y si sabe que usted se ha fugado, le pondrá otra vez en arresto.

ALEJANDRO

Yo tendré cuidado de no decírselo.

BERNARDA

Vaya, vuelva otra vez a la chimenea otro poquito.

ALEJANDRO

Ya no tengo frío, señorita, si está hecho esto una estufa.

BERNARDA

Pues retírese usted al jardín, que ya no puede tardar mi padre.

ALEJANDRO

¡Qué dice usted de retirar! ¿Había yo de hacer una cosa tan contraria al natural derecho?

CLEMENCIA

Vaya, es preciso, venga usted que le voy a abrir.

ALEJANDRO

No diga usted temeridades, niña. ¿Cómo he de hacer yo el disparate de dejar a esta señorita por ir a pasar frío al jardín?

BERNARDA

Eso no es lo tratado. Si usted no se retira...

ALEJANDRO

Tendremos un rato de tertulia. En viniendo su padre de usted, entonces sí; ahora lo más que puedo hacer es tocar un poco para divertir a ustedes.

CLEMENCIA

Dejémosle, que en llegando el amo se puede ir.

MÚSICA

Nº6

ALEJANDRO *(Toca la guitarra y canta).*

El navegante en el agua
de continuo está botando,
pero en cuanto llega al puerto
se olvida de lo pasado.
Tirana, más que tirana.
Tirana y andar, andar,
que tengo mi corazón
que no puedo suspirar.
Tiranilla mía, tirana y andar
que no puedo suspirar. ¡Ay! ¡Ay!

HABLADO

BERNARDA

Qué gracia tiene este joven para todo; se conoce que no es ordinario.

CLEMENCIA

Así me parece.

ESCENA IV

Dichos y el Capitán.

CAPITÁN *(Por la reja del jardín).*

Vaya, retiraos muchachos, ya hemos visto que no hay nada por aquí.

BERNARDA

¡Ay! ¡Es mi padre! Retírese usted, retírese usted.

ALEJANDRO

Bien está, con tal de que no salga de esta pieza.

CLEMENCIA

El caso es que viene por el jardín, y si sale, le va a ver sin remedio.

BERNARDA

¿Pues, dónde se ha de ocultar? Mira que llega.

CLEMENCIA

Aquí, aquí! *(Le pone detrás de la mampara).*

CAPITÁN

¡Abre, Clemencia, que soy yo!

CLEMENCIA

¡Allá voy! *(Abre).*

BERNARDA

¿Cómo ha venido usted tan pronto, padre?

CAPITÁN

Porque me dijeron que habían visto al anochecer un hombre sobre las tapias de allá. Como yo me llevé la llave del postigo, no sea que se hubiese escondido por allí, lo he registrado todo con dos soldados, pero no hay nada, yo creo que el miedo...

BERNARDA

Eso será...

CAPITÁN

Pero vosotras bien os divertíais mientras yo hacía el registro. ¿Cuál de las dos tocaba la guitarra?

CLEMENCIA

¡Yo!

CAPITÁN

Pues no sabía que la tocabas tan bien: y me alegro porque así se pasa el rato divertido en las noches largas, Bernarda, ¿por qué no te enseña ésta a tocar?

BERNARDA

Porque no toca bien...

CAPITÁN

Si, tal. Eso no es entenderlo. ¡Oh! Lo que yo tocaba, lo tocaba muy arreglado. Ponla. Ponla una lección, Clemencia.

BERNARDA

A mí no me gusta ya la guitarra.

CAPITÁN

¡Vosotras sí que sois guitarras! Mucho afán por aprender, y en cuanto vino el maestro dos días, la dejáis. Vaya que sois todas de idea. Toca tú un poquito muchacha.

CLEMENCIA

¿Yo..., señor?

CAPITÁN

Sí, lo que tocabas antes, mientras es hora de cenar.

CLEMENCIA

Pero si yo no sé...(*Toca mal*).

CAPITÁN

No, no, eso no vale nada; toca bien.

CLEMENCIA

¡Jesús, qué trabajo cuesta hacer lo que no se sabe!

CAPITÁN

¡Toca un poquito!

CLEMENCIA

Pero señor, si soy tan corta de genio, si me da tanta vergüenza...

CAPITÁN

¡Calla! Pues yo nunca he advertido eso en ti. No, pues ya es empeño mío que has de tocar un poco.

CLEMENCIA

Si me dejase usted estar donde nadie me viese... yo tocaría...

CAPITÁN

Bien, ponte donde quieras que yo no miraré.

CLEMENCIA

Aquí, detrás de la mampara.

CAPITÁN

Al calorcito, Mira cómo lo sabe entender; siempre te arrimas al mejor rincón, Vaya, toca. (*Toca Alejandro*). ¡Bravo, así me gusta! Ahora voy a meterme ahí a lo abrigadito y tú vas a tocar un buen rato aquí, que no miraré.

CLEMENCIA

Bien, véngase usted cuando guste.

CAPITÁN

Pero tú has de cantar, Bernarda.

CLEMENCIA

No mire usted señor, porque no daré palotada.

CAPITÁN

Vaya, que estas mujeres son incomprensibles: a veces tienen vergüenza delante de nosotros y a veces no. Digo que es conforme las circunstancias. ¿No tocas muchacha? (*Toca Alejandro*).

CLEMENCIA

¡Allá voy!

BERNARDA

¡Que no se asome usted, padre!

CAPITÁN

¿Ni la cabeza siquiera?

BERNARDA

¡Nada, nada, que ya va a tocar!

CAPITÁN

Bien, no asomarse... ¿qué querrá decir esto?

CLEMENCIA

Toque usted mientras yo abro la puerta con tiento para que se esconda.

CAPITÁN

Muchacha, ¿qué haces?

CLEMENCIA

Ya toco, ¿no me oye usted?

CAPITÁN

Así me gusta. Voy a ver si puedo descabezar un sueño.

MÚSICA

Nº7. DÚO

ALEJANDRO

Encerrado alegremente
un fugitivo cantaba,
ínterin le preparaba
otro asilo la piedad.

BERNARDA

Cantad bajo que a mi padre
vuestra voz hará armonía.
¡Oh! Cuánta es la espera mía
en un lance tan fatal.

LOS DOS

Abismada/do en mil temores,
yo no sé qué he de cantar.
Abismada/do en mil temores,
yo me voy a declarar.

HABLADO

CAPITÁN

En efecto me he dormido. ¿Pero no toca esta muchacha? ¡Calla, calla!
(A un calderón del dúo en que se ha engolfado asoma él por encima de la pantalla, los ve; dice lo que sigue acabado ellos se esconden en el cuarto). ¡Voto a Cribas que éste es mi yerno! ¡Cómo diablos se halla aquí estando preso y teniendo yo en mi bolsillo todavía oro para su libertad! ¡Apostemos a que hay nuevo embrollo! Además, él no sabía la casa... Yo quiero saber... Voy a averiguar... Pero no, veamos en qué para esto, ya decía yo que estos son muchos gorgoritos. *(Tocan).*

(Sigue el Dúo).

MÚSICA

LOS DOS

Para alivio de su/mi pena
la invención que he meditado
quiera el cielo proteger,
sí, quiera el cielo proteger, sí, sí, sí.

BERNARDA

Infalible es mi desgracia.

ALEJANDRO

Con razón debo temer,

LOS DOS

Él convertirá en demente
al que fiero es de temer
Para alivio de su/mi pena
la invención que he meditado
quiera el cielo proteger,
sí, quiera el cielo proteger, sí, sí, sí.

HABLADO

CLEMENCIA

Ocúltese usted corriendo.

ALEJANDRO

No me olvide usted señorita. Sepa usted que yo la amo más que a mi vida.
(Vase).

CAPITÁN

Ya se escondieron, ahora es la mía. Voy a ver por dónde salen. Vaya, vaya, que no pensaba que ésta sabía tocar tan bien. ¡Ven acá! ¡Siéntate aquí! Tú, aquí! Toma la guitarra, que quiero ahora oír más de cerca.

BERNARDA

¡Pero padre!

CLEMENCIA

Señor, si yo delante de usted...

CAPITÁN

¡Pues qué!, ¿o me como a las mujeres? Vamos, sin excusas, toca o dime claramente por qué no lo haces.

CLEMENCIA

Nada más porque eso.

CAPITÁN

Ya, ya. No conseguiré que me confiesen el misterio, pero yo las daré un buen susto. ¿Conque no hacéis nada?

BERNARDA

Déjelo usted ya por esta noche, que es tarde.

CAPITÁN

Dices bien, mi hija. Mejor será cenar. Pero antes voy a hacer otra cosa que urge.

BERNARDA

¡Qué, padre!

CAPITÁN

Ya sabéis que el sitio menos seguro de nuestra habitación es por ese lado, y con lo que me han dicho del que vieron sobre las tapias estoy con recelo. Y así, para dormir tranquilo voy a soltar el perro de presa.

BERNARDA

¡Ay, Dios mío!

CLEMENCIA

¡Señor, qué va usted a hacer! Déjelo donde está.

CAPITÁN

No, no, mi perro es muy valiente, y en cogiendo a uno lo haría pedazos como a un gazapo. Por donde él ande, guardados estamos.

CLEMENCIA

Pero, señor, mire usted que...

BERNARDA

Padre, que quizá...

CAPITÁN

¡Queréis dejarme! ¡Qué entenderéis vosotras de eso! Vaya, voy por él.

ALEJANDRO

No hay que soltar ningún perro, ¡Abrid aquí!

CAPITÁN

¿Cómo? ¿Quién anda ahí dentro?

BERNARDA

Sí, señor, padre mío; hemos hecho muy mal en no haber dado a usted cuenta de todo; hemos recogido a un infeliz porque no pudiese esta noche.

CAPITÁN

¡A ver! ¡Que salga! ¡Abre Clemencia!

ALEJANDRO

¡Ay Dios, qué veo!

MÚSICA
Nº8. CUARTETO

ALEJANDRO

¡Qué casualidad tan rara!

LOS CUATRO

Por mi mal/bien aquí ha venido.
Nuevo arresto prevenido
mi/su destino me tendrá.

CAPITÁN

Es preciso a este tunante
corregir con seriedad.

CLEMENCIA

Le ha perdido miserable.

BERNARDA

Implorad humildemente
que mi padre es muy clemente.

ALEJANDRO

Nada me sucederá.

LAS DOS

¡No temáis!

ALEJANDRO

Nada temo, nada temo.
Antes ya mucho me alegro
porque aquí vine a parar.

BERNARDA

¡Padre mío!

CLEMENCIA

¡Señor mío!

ALEJANDRO

No os canséis en suplicar.

TODOS

Su/mi silencio me confunde,
con razón estoy temiendo
si se irá ya enterneciendo,
su/mi sentencia cuál será.

HABLADO

CAPITÁN

¡Señor cadete! ¿Cómo usted por acá? ¿No estaba usted arrestado?; Le han dado ya libertad? ¡La verdad!

ALEJANDRO

¿Señor!... Todavía no, pero estaba tan harto de prisión que esta mañana, en un momento que se descuidaron, me escapé sin poderlo remediar.

CAPITÁN

Bueno, ¿y ese es el modo de atender a la subordinación? ¡Dese usted por arrestado otra vez, que mañana yo le remitiré a su jefe con cuatro granaderos!

ALEJANDRO

Señor, tenga usted piedad de mí; ya sabrá usted que mi delito no merece la pena.

CAPITÁN

Esa no es cuenta para mí. Vaya que se porta usted, una locura tras otra. Pero ésta mal remedio tiene. Salió usted de Herodes y entró usted en Pilatos.

CLEMENCIA

Vaya, señor, ¿con todos ha de tener usted piedad menos con este pobre? Basta que se haya acogido a esta casa para que usted le favorezca.

ALEJANDRO

Siquiera por el frío que he pasado...

CAPITÁN

Ya veis que entre nosotros no se pueden componer las cosas así como quiera.

CLEMENCIA

Entre ustedes es lo mismo que entre los demás, hay también bulas para difuntos.

ALEJANDRO

¡Ah! Señorita, ya no me queda más auxilio que el de vuesa merced. La suplico se interese en favor mío.

CAPITÁN

¿Qué dices tú a eso, Bernarda?

BERNARDA

Que sí, mi amado padre, que me intereso por él con todo mi corazón.

MÚSICA

Nº9

BERNARDA

¿No veis en mi semblante
la placida alegría
que siente el alma mía
pidiendo su perdón?
¡Perdona, Oh padre amado!
perdónale su error.
Yo lloro al ver su pena,
mi corazón palpita,
mi voz se precipita
y casi dice: amor.
Perdona, ¡Oh padre amado!
perdónale su error.
Yo soy su dulce amante,
sea el lazo de himeneo
corona a su deseo,
consuelo a mi dolor.
Perdona, ¡Oh padre amado!
Perdónale su error.

HABLADO

CAPITÁN

La verdad es que me has echado un empeño que no quisiera desairar. Pero tú tomas demasiado interés.

BERNARDA

La humanidad...

CAPITÁN

¿Y quién te ha dicho que yo vivía aquí?

ALEJANDRO

Nadie, ha sido casualidad, el frío me ha traído aquí.

CAPITÁN

¡Olá! ¿Conque tú no lo sabías? ¿Y tu padre te dijo algo de mí después que yo estuve en tu casa?

ALEJANDRO

¡Oh! Mucho bueno. Me dijo... tenemos que hacer una visita a este caballero y a una hija que tiene muy hermosa... ¡qué bien me dijo: muy hermosa! Yo diría más, pero en el estado en que me hallo...

CAPITÁN

No eres digno de nada... aún así se compusiera tu asunto. Además, que no sabemos si mi hija...

BERNARDA

Si yo fuera su coronel, ya estaría libre.

CLEMENCIA

Bien dicho señorita. Los jefes deben ser piadosos.

CAPITÁN (*Aparte*).

Si no fuera tan calavera...

BERNARDA

El se corregirá.

ALEJANDRO

Por agradar a usted seré desde hoy el hombre más juicioso de todo el regimiento.

BERNARDA

Y yo, porque él lo sea, seré la mujer más indulgente de toda la comarca.

CAPITÁN

¿Sí? Pues voy a darte una buena recompensación: se compondrá su asunto. Toma, hija, lee alto, esto es para que veas que te quiero servir.

BERNARDA

"En el momento que llegue a manos de usted pondrá en libertad al cadete don Alejandro Rivera, a esta hora subteniente de ese cuerpo. El coronel".

ALEJANDRO

¡Ah! Bienhechor mío.

CAPITÁN

Tú, que deseabas ser su jefe, dale la orden, pero échale una buena reprimenda.

BERNARDA

Tome usted, señor subteniente, y que sea enhorabuena; pero cuidado cómo se me porta usted, en adelante. No abuse usted, más de mi bondad. Si esta vez le ha servido, quizá otra usaré todo el rigor de las leyes militares. No siempre hay protectores... Ya me entiende usted.

CAPITÁN

Dice bien mi hija. Y debes seguir sus consejos. Mañana irás a hacerte presente, y después volverás con tu padre para efectuar nuestro tratado. Ahora cenaremos alegremente y acabarás de pasar la noche más feliz de lo que tú esperabas.

MÚSICA
Nº 10. FINAL

BERNARDA

Cuando menos se pensaba,
entre dichas y favores,
goza ya de mis amores
por una casualidad.

TODOS

Quien porfía mucho alcanza, aunque sea necesidad.

ALEJANDRO

Cuando menos lo pensaba,
entre dichas y favores,
gozo ya de mis amores
por una casualidad

TODOS

Quien porfía mucho alcanza,
aunque sea necesidad.
El contraste aquí lo vemos,
porfiar siempre debemos,
aunque sea necesidad.

FIN

También tiene Cupido su calendario.
Para un día de fiesta
seis de trabajo,
vigilias muchas,
pues si un día se come
ciento se ayuna.
Si los hombres tuvieran
por labios sellos
se viera en las mujeres
muchos impresos.
Y aunque selladas,
no podrían por eso
llamarse esclavas.